R & T

ALGUNAS NOTAS SOBRE LA NOCIÓN DE EXTRANJERÍA

CONTINGENCIA O NECESIDAD DEL NIHILISMO

LA #SALUDMENTAL COMO PROBLEMA

UNA CULTURA QUE SE CANCELA HOY

LO Socio-Cultural

SALTO PCS

Revista de Salto Psicoanálisis, Cultura & Sociedad
Publicación semestral
Año 1 / Nro. 1 / Noviembre 2022

R&T
es una publicación que, a través de la producción de escritos breves, responde al compromiso institucional de estar atentos a los acontecimientos de nuestro tiempo y alcanzar precisiones en torno a las discusiones que actualmente se presentan como cuestiones de tratamiento urgente.

Equipo editorial
Salto Ediciones / Fundación Salto
Av. General paz 133, 7G
Ciudad de Córdoba, Córdoba
ISSN en trámite
Salto PC&S

Sitio web
www.saltocultura.es
Correo electrónico
info@saltocultura.es
Instagram
@saltoculturasociedad

CONTENIDO

Nº 1

3

Editorial

4

La Salud Mental como problema socio-cultural
Javier Bolaños

7

Contingencia o necesidad del nihilismo
Lisandro Nicolás Godoy

10

Algunas notas sobre la noción de extranjería
Cristina Thalasselis

14

Sobre una cultura que se cancela hoy
Marina Nicolai

EDITORIAL

R&T es una publicación periódica creada como órgano de difusión de la labor que se lleva a cabo en el dispositivo institucional *Realidades & Tendencias*. Dicha publicación, responde al compromiso de Salto PC&S de, atenta a los acontecimientos y problemas que atraviesan las realidades de nuestro tiempo, participar en el debate social y cultural contemporáneo, para devolver luego, un escrito a modo de apuesta.

Es característica del estilo de esta publicación, la producción de escritos breves que, prestos a considerar a diversas voces en juego, buscan alcanzar precisiones en torno a las discusiones y controversias que actualmente se presentan como cuestiones de tratamiento urgente.

Este primer número se centrará en la noción, en apariencia ya naturalizada, de aquello que se conoce con el apelativo de *sociocultural*. Para eso hacemos hincapié en dos operaciones: el título de este número señala que cada uno de los términos que incluye dicho apelativo, están escritos con una mayúscula inicial y llevan agregado, entre ellos, un guion. La primera operación busca destacar, poniendo en valor, que dichos términos se han transformado, hoy, en *UN* signo de época. La segunda operación busca acentuar, por un lado, la disección en el sentido mismo del apelativo, la necesidad, por ende, de dividirlo en partes, de examinarlo y poder, luego, analizar sus términos pormenorizadamente. Asimismo, dicha operación busca separar esos términos para volver a unirlos, para vincularlos, pero manteniendo su independencia, para unirlos destacando su escisión originaria; por otro lado, el guion, a la vez, pretende señalar que allí se encierra información adicional. ¿Y de qué se trata esa información? Eso dependerá, en cada ocasión, de su uso. En este caso, cada uno de los escritos propuestos en la publicación, buscará decir, a su modo, qué contiene ese guion.

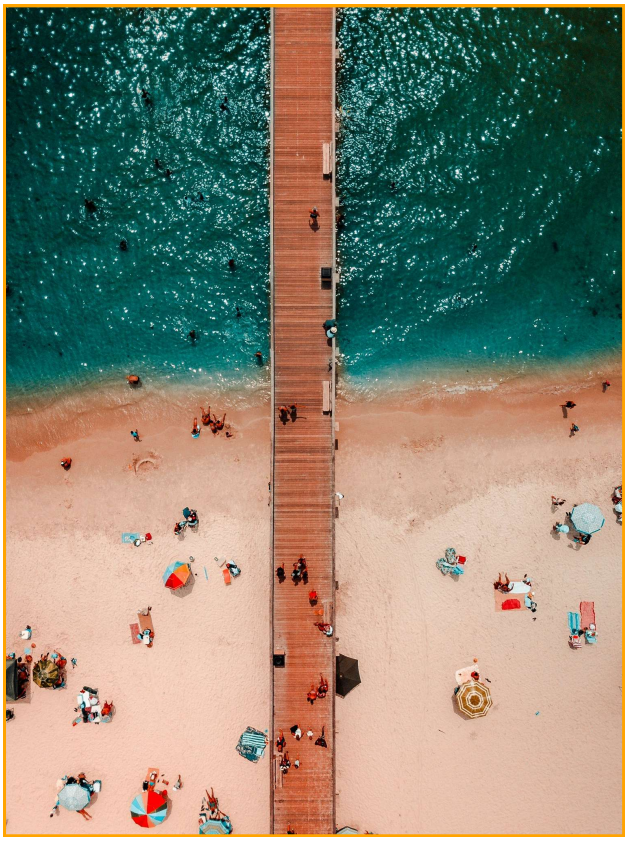
SALTO PC&S

La Salud *mental* como problema socio-cultural

Javier Bolaños
javierbolanos@javierbolanos.net

En el 2021 se han multiplicado las discusiones sobre la necesidad de inversión en *Salud mental* que España (entre otros países) requiere, tanto en el ámbito privado como público. Ello está ocasionado, según se insiste en diversos medios, por datos recientes que indican el significativo aumento del número de trastornos mentales que la pandemia ha originado o ha agudizado.

Al respecto, nos interesa señalar ciertas condiciones en dirección a la búsqueda de alguna solución.



Pero, cómo comenzar sin haber ubicado por dónde buscar principios de acción. Veamos: ¿la Salud mental puede concebirse como un *objeto sociocultural*? ¿En qué espacio recae su interés? Para responder, primero, debemos separar *socio de cultural*, pues, ambos, remiten a propósitos distintos (en esa línea es que se ha agregado un guion entre los términos del título de este escrito).

Simplificando: por social entendemos aquel número de relaciones estables que tienen como propósito, el tratamiento de algún malestar colectivo puntual; por cultural concebimos la reunión de elementos heterogéneos de la vida humana, y las maneras de hacer con ellos, cuyo fin es que eso se asiente como modo preciso de habitar un espacio. En ambos casos se produce un exceso, pero también por diversas razones.

A raíz de lo anterior, parece claro que debemos inclinarnos por el origen social de la Salud mental, pero no nos apuremos.

Para referirnos a este (el social), en el ámbito que sea, debemos estar dispuestos a visualizar relaciones, enlaces, conexiones. En ese tejido parecen anidar ciertos elementos organizados para algún fin. La Salud mental, como uno de sus objetos, debe sostenerse en una clara articulación hacia ese fin. Es que lo social, necesita priorizar y continuar la realización de enlace por sobre la particularidad de cada objeto. Tal vez, incluso, en ocasiones, necesite segregarlo en pos de realizar aquello.

No obstante, si bien lo social produce sus objetos en ese marco, estos, generalmente, dan *consistencia*, soporte a sus enlaces. De allí su importancia.

Localizar un malestar es una operación social: implica la idea de una barrera que ha sido atravesada. Pero localizar conlleva, además, la posibilidad de advertir cómo uno diagrama, estructura sin saberlo, la idea de un funcionamiento que debe reestablecer el orden quebrantado. Ahora bien, miremos con lupa: ¿se busca recuperar el estado anterior del malestar generado o se pretende reestablecer el orden social que se dedica a tratarlo? No es menor la diferencia.

Lo curioso es que estamos acostumbrados a darle, en esta vía, poco valor a los objetos, pues tendemos a creer que funcionan como una especie de accesorio intercambiable. Aunque es la cultura, en ocasiones, quien nos alerta que eso no es así.

Un acontecimiento cultural cualquiera, nos lleva a la disposición de objetos heterogéneos de valor. Así parece que los encontramos en la cultura: recogiendo los restos de las conmociones que afectan, dándonos un indudable estado de pertenencia, cercanía y familiaridad. Pero ¿esa es una característica de los objetos en sí, o es un empuje, una insistencia continua, de las diversas formas y modos de mantener la cohesión cultural? Esta diferencia cobra valor cuando está en juego un malestar.

Una cultura, un modo de funcionamiento cultural, comporta su propio costo (su exceso, su malestar). Es necesario tenerlo en cuenta, porque ello es lo que se deberá soportar en cada una de ellas. ¡O no! Y, en ese caso, habrá que dedicarse a instalar profundas discusiones a múltiples niveles.

Hay objetos que importan más que otros en una cultura. No hablamos de cómo, sino de qué se mira allí. Y en cada caso, esos objetos desorganizarán la percepción vigente, la objetividad esperada. Habrá que aceptarlo, es uno de sus costos. Por eso también puede decirse, desde otro punto de vista, que ellos también organizan lo que va a percibirse. Un mismo objeto parece haber sido visto de varias maneras diferentes según el momento. Es una interesante encrucijada.

Al parecer, en tanto sujetos, nos remitimos al punto de vista de un tiempo que el objeto marca. Él parece ser quien nos causa, quien nos dice cuándo debemos comenzar a ocuparnos de él. Esto, sin dudas, tiene consecuencias políticas. Estamos en el momento de la Salud mental.

Tengámoslo claro: la cultura no es solo lo que hace el humano, sino también lo que sucede cuando su vida ya ha sido creada y él -allí- se halla como testigo.

Estamos acostumbrados, dijimos, a darle poco valor a los objetos, pero un psicoanálisis advierte que una vida vivible solo es posible cuando se deciden qué objetos podrán perderse y cuáles no podrán reemplazarse en cada ocasión. No siempre eso se toma en cuenta.

Por eso proponemos pensar a la Salud mental a partir de la noción de objeto, que Jacques Lacan llamó, *amboceptor* (2010). Esto permite destacar que necesitamos ubicarla tanto en lo social como en lo cultural, como modo de abordaje. Debemos saber sobre qué superficie decidir. Su campo no pertenece a ninguna de las dos puntas exclusivamente.

Por supuesto que decir que es un objeto social, no es lo mismo que decir que es uno cultural. El corte, para su análisis, no se hace en el mismo lugar. Los restos que deja, en una u otra ocasión, tampoco serán los mismos. Ni sus consecuencias.

Amboceptor es una noción útil porque, lo queramos o no, debemos renunciar al sueño de que nuestras decisiones nos llevarán algún día a ponernos de acuerdo. Hay que elegir, hay que privilegiar, pero también hay que decidir qué vamos a perder. Esto último depende sólo de nosotros.

La Salud mental es producida por lo social, sí, pero su desregulación acontece en la cultura. Si no vamos a tratarla así, solo abogaremos por sostener un sistema autocomplaciente. Tal vez por eso pueda ser pensada, también, en el pasaje entre sociedad y la cultura. Pero, no lo olvidemos: no es lo mismo anteponer en ella un lado, que el otro.

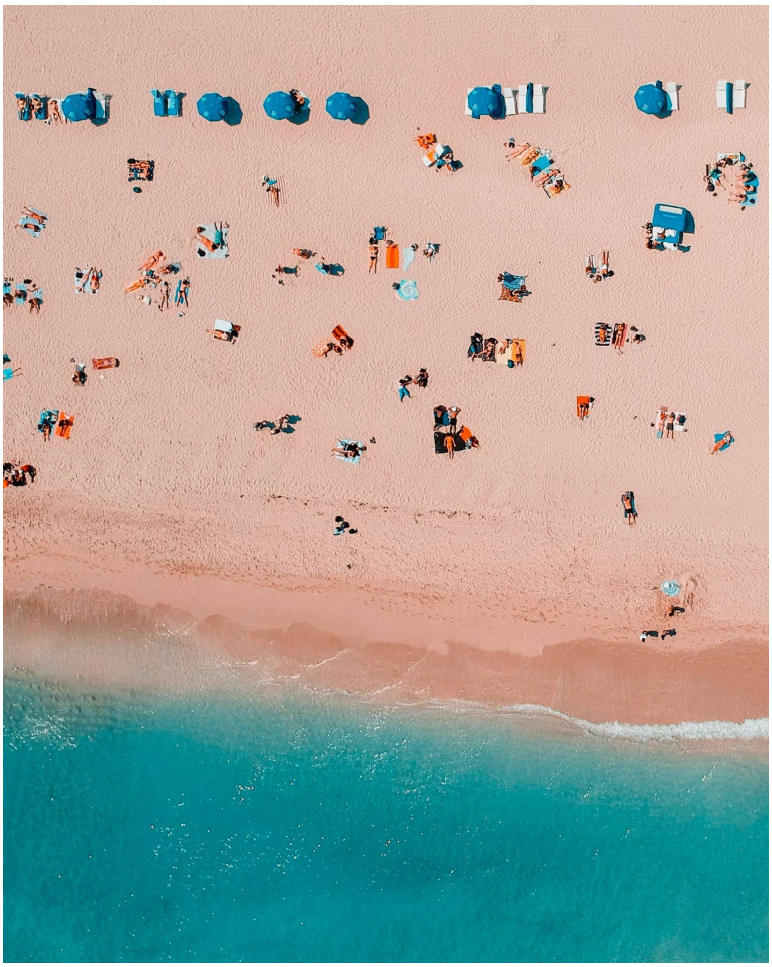
Referencia

Lacan, J. (2010). Clase 13: del 6 de marzo de 1963. En Seminario 10: La Angustia. https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/12%20Seminario%2010.pdf . Consultado el 28 de febrero de 2022.

Contingencia o necesidad del *nihilismo*

Lisandro Nicolás Godoy
lisandrongodoy@gmail.com

Los intentos de escaparse del nihilismo sin transvalorar aquellos valores: producen lo contrario, agudizan el problema.
Friedrich Nietzsche



Pocas dificultades son tan recurrentes en el tiempo como la de diagnosticar el espíritu de época. Son vastos los ejemplos de esta problemática y variados sus contextos, además, no en pocas ocasiones, la discusión, la problemática y la dificultad están atravesadas y modeladas por la misma situación, surcada esta, por los ecos de una época pasada. Nuestra propia época podría considerarse un ejemplo destacado de esto.

El tiempo que nos toca recorrer parece una pavorosa mezcla de atavismos y significantes flotantes. De recuerdos estáticos y novedades inasibles. En medio de ellos, la perplejidad. El problema de dar inteligibilidad a los eventos que se suceden, a su propuesta, a sus consecuencias, a sus premisas, a lo que dicen diciendo, a lo que dicen sin decir y a lo que ni se calla, ni se dice, es un signo de nuestro momento actual.

En medio de este crisol de presentes superpuestos, un grupo de situaciones se ha expandido por el tiempo y el espacio, a veces claramente identificables, a veces difícilmente diferenciables.

Hijos o coetáneos de un tiempo de perplejidades, llevan la ambivalencia como marca identificatoria. Las formas de nominalizar estos fenómenos son una pequeña pero significativa muestra de su anfibología constitutiva: nuevas derechas, derechas radicales, alt-right, neofascismo o posfascismo.

La resistencia que ofrecen estos fenómenos a la hora de ser desentrañados no radica de manera sustancial en su propuesta social. Es cierto que su heterogeneidad característica puede hacer dificultosa la tarea de comprensión de la misma si quisieran entenderse en conjunto. Pero, si desistimos de tal pretensión, no son difíciles de identificar las maneras en las que estas articulan su visión de lo social, y por tanto de lo que pretenden de una comunidad moldeada a imagen de sus ideas.

El centro el problema consiste en poder asir que hay más allá, o si hay más allá, y en todo caso, lo que esto significa, o, tal vez mejor, cuáles son sus consecuencias. La problemática, si no es conocer el discurso social de estos fenómenos, sí es comprender sus metanarrativas, las dimensiones de lo comunal y de lo antropológico que buscan afectar, la reinscripción del registro histórico que movilizan, es decir, comprenderlos como fenómeno socio-cultural, aquello que, aunque no superpuesto a lo social, lo condiciona.

En este punto, cuando las preguntas por el signo de época y por, llamémoslas así provisoriamente, las nuevas derechas, se cruzan, reaparece un concepto que siempre acecha, el nihilismo.

El concepto se vuelve importante en este punto porque a los diferentes actores en escena, aunque de forma descuidada e intuitiva, el concepto los remite a una nada, pero, y aquí parte de lo problemático, una nada no como una ausencia, sino una nada como negación. De esta manera, el nihilismo vuelve a ser apuntado como signo de época, y las acusaciones cruzadas de *nihilista* se reeditan, tanto desde las nuevas derechas, en donde el nihilismo de época es una negación de los valores tradicionales, como para quienes se le oponen, para quienes la época actual, y, en gran parte debido a las nuevas derechas, juzgadas por estos grupos como hijas de una época neoliberal, la negación es de las utopías.

Las nuevas derechas acusan a la época de nihilista y en esa acusación ordenan su discurso. Esto es posible de creer fácilmente por la misma maleabilidad del concepto. Todo es posible de ser acusado, a priori, de nihilista. Sin embargo, precisemos un punto del cual partir. Nancy (2008) nos provee de este punto de partida: siempre retomando a Nietzsche, él nos precisa: *"el nihilismo es la revuelta del sentido de veracidad contra su propio origen (...) genera por contragolpe la creencia de que todo es falso. El nihilismo es la energía de este contragolpe"* (p.17). Lo patológico del nihilismo para el autor está vinculado a su estatus de punto medio, un punto de equilibrio entre la destrucción (de los valores vigentes) y la extinción (de cualquier tipo de valor). El nihilismo no destruye ni extingue, se mantiene a sí mismo y se perpetúa en ese punto medio.

Atendiendo a esto, el nihilismo en sí mismo no puede re-construir ni re-animar el sentido. Como nihilismo activo podría catalizar una destrucción sin más, como nihilismo cansado vehiculizar una extinción sin fuerzas para crear. Esto último, este tipo de retracción, es el propio de las nuevas derechas que, como rasgo común, tratan de restaurar una identidad, sustancial y primigenia para estas, corrompida por un mundo que ha devenido en un sinsentido. Es lo que Nancy, recuperando a Nietzsche, califica de una fuerza extenuada, bregando por valores que hoy, resultan inadecuados. Las nuevas derechas, denunciantes del nihilismo, proponen una fuerte re-articulación entre lo social y la identidad. Las nuevas derechas, críticas del nihilismo de la posmodernidad son exponentes del nihilismo extenuado.

¿Está marcada nuestra realidad por un nihilismo extenuado revelándose contra el contragolpe que él mismo propina? ¿Está marcada por un nihilismo activo que busca destruir valores que ya no le resulta adecuado perseguir? Nancy sabe bien que ya no se puede jugar a un nihilismo contra otro, ni rebelarlo contra sí mismo. Tal vez, por el contrario, sea la extenuación de las fuerzas de futuro lo que marca nuestra época, y así, la sensación de que la retracción y la saturación de un sentido restaurado sea nuestra única salida. Tal vez nuestra época necesite, a contramano de lo dicho, una radicalización del nihilismo, uno que permita un acto de donación primario, que permita no re-construir ni re-animar sino crear un sentido.

CONTINGENCIA O NECESIDAD

Un sentido que, además, no sea un sentido ordenador, no una pauta, un sentido sinsentido, que dé sentido sin tener, por ello, sentido. Que nos permita existir, y luego pensar cómo vivir juntos.

Referencia

Nancy, J.-L. (2008). Tres fragmentos sobre nihilismo y política. En R. Esposito, C. Galli y V. Vitiello (comp.), Nihilismo y política (pp. 15-33). Ed Manantial.

Algunas notas sobre la noción de *extranjería*

Cristina Thalasselis
thalasseliscristina@gmail.com

En la actualidad, las migraciones ocupan un lugar relevante en las producciones académicas, en los medios de comunicación y en el marco de las cuestiones que cobran el estatuto de asuntos de políticas públicas.

Sin embargo, no se trata de un fenómeno nuevo. Los procesos vinculados a las movilidades humanas han asumido proporciones significativas en distintos momentos históricos y, en cada uno de ellos, han incidido de maneras diversas en la formación de las sociedades receptoras.

Tomar nota de ello advierte acerca de la necesidad de considerar, al menos, dos aspectos relacionados: por una parte, las peculiaridades de los contextos sociales e históricos en que han tenido y tienen lugar los fenómenos migratorios; por otra, tanto las categorías teóricas a partir de las que se analizan dichos fenómenos, como los supuestos en los que se fundan los imaginarios y se construyen los aparatos interpretativos imbricados en su tratamiento.

En diversos ensayos, y desde hace ya algunas décadas, cuando se abordan ciertos procesos migratorios contemporáneos vinculados a serios problemas de violencia y exclusión, es frecuente que se subraye el carácter paradojal que ha asumido el orden mundial inaugurado con la globalización. En este marco, una de las cuestiones que se presentan como interpelantes está dada por el contraste entre la difuminación de las fronteras, el acortamiento de las distancias y las facilidades de intercambio que aquel orden global traería aparejados; y el efectivo recrudecimiento de la vigilancia, el control y las restricciones vinculadas a la irrupción de *lo extranjero* en los territorios receptores.

Si bien no es inusual que, a partir de considerar sus repercusiones, los procesos anteriormente referidos se definan como hechos sociales, en esta intervención nos interesamos en explorar la fecundidad de pensarlos como cuestiones socio-culturales. Primeramente, porque abordarlos en tanto *cuestiones* supone una posición más afín al movimiento de interrogar y, al mismo tiempo, abrir un espacio para tratar las maneras en que sus efectos y manifestaciones nos interrogan insistentemente. Pero, además, porque las formas particulares del malestar contemporáneo vinculadas a estos fenómenos, no se presentan en el vacío, sino en *la cultura y en lo social*. De allí que, muy probablemente, sea oportuno comenzar por esclarecer y distinguir aquello que se juega de un lado y del otro.

En un intento de ensayar una respuesta a lo anterior, podríamos postular que, en lo relativo a la dimensión social, los movimientos migratorios suponen la puesta en juego del complejo entramado relacional que es inherente a las sociedades humanas, como así también el despliegue de una serie de organizaciones, instituciones y dispositivos tendientes a su ordenamiento y regulación. En lo que respecta a la dimensión cultural, referiremos aquí a las afectaciones vinculadas a ciertas maneras de habitar un territorio, y al sentimiento de pertenencia que ello conlleva y que deviene de aquello que se experimenta como más próximo y familiar (quizás, hasta que se vuelve extraño).

En este contexto, la irrupción de lo extranjero revela los complejos problemas que se suscitan en ambos planos.

Por una parte, porque no en pocas ocasiones el sostenimiento del entramado fundado por el orden social pareciera no ser posible sin dar lugar a procesos de segregación cada vez más crudos. Por otra parte, porque lo que con frecuencia se plantea como *encuentro* entre culturas diferentes, parece resistir, una y otra vez, a la pretensión de síntesis o unificación por la vía de la integración de lo heterogéneo.

Una de las cuestiones que se desprenden de lo expuesto hasta aquí, radica en la centralidad que cobra la noción de extranjería, y, en consecuencia, en la importancia de dar lugar a su interrogación. En esta dirección, resulta interesante reparar en aquellos estudios que se han ocupado de abordar dicha noción más allá de su significación generalizada, permitiendo pensar que ser extranjero no necesariamente significa provenir de otro país, ni es el signo de algo que se encuentra allende las fronteras,

o el mero indicador de una nacionalidad diferente. Se trata de elaboraciones que, entre otros aspectos, problematizan la idea de pertenencia, en tiempos de creciente precariedad social, incertidumbre y desconcierto. Se trata de voces que ponen en el centro del debate la relación a un otro que, no en pocas ocasiones, parece actuar como espejo de los temores, fragilidades e inseguridades que nos conciernen; confrontándonos, así, a nuestra propia noción de extranjería.

Probablemente, ocuparse de los obstáculos propios sea, hoy más que nunca, una instancia necesaria para renovar la acuciante interrogación sobre las posibilidades de vida en común. En esta dirección, cabe detenerse en la manera en que, ya en 1917, Freud pone en suspenso algunas de las certezas imperantes en la época, para plantear que no somos transparentes para nosotros mismos, que hay una dimensión de extrañeza que no solo se ubica en aquellos que *no son como nosotros*, sino que también nos habita y, al aflorar, nos confronta a los límites de nuestro saber y de nuestra voluntad. En *Una dificultad del Psicoanálisis*, señala:

> El yo se siente incómodo, tropieza con límites a su poder en su propia casa, el alma. De pronto afloran pensamientos que no se sabe de dónde vienen; tampoco se puede hacer nada para expulsarlos. Y estos huéspedes extraños hasta permanecen mas poderosos que los sometidos al yo; resisten todos los recursos de la voluntad, permanecen impertérritos ante la refutación lógica, indiferentes al mentís de la realidad (...) El yo se dice que eso es una enfermedad, una invasión ajena, y redobla su vigilancia; pero no puede comprender por qué se siente paralizado de una manera tan rara (Freud, 1986, p. 133).

Tal vez sea interesante pensar esta postulación freudiana, no como un punto de llegada, sino como una instancia de partida. Por un lado, porque la dimensión de extrañeza que allí se introduce conlleva una cierta incomodidad, una inquietud que opera habilitando un espacio y un tiempo para la emergencia de otras preguntas. Pero, además, porque esa *rara parálisis* a la que Freud hace referencia, parece sugerir la interrupción de un funcionamiento y quizás, precisamente por ello, aloja la posibilidad de recomenzar de otra manera. Probablemente, dicha interrupción hoy pueda pensarse, asimismo, como una instancia de detención del devenir maquinal que parece fortalecerse en nuestra época, y cuyo funcionamiento continuo involucra tanto las estructuras sociales que nos determinan, como las sensibilidades culturales que nos afectan.

En efecto, si bien asistimos a un tiempo en el que la ética prevaleciente parece indicar que se trata de funcionar sin detenciones -y, por lo tanto, sin lugar ni tiempo para las preguntas, aunque sí para las prescripciones-, la presencia ominosa de aquello que nos es propio y ajeno a la vez, conlleva, inevitablemente, un inquietante desconcierto frente a la apariencia y el devenir de lo supuestamente conocido. De allí que tal vez resulte oportuno explorar la fecundidad de abordar *lo extranjero*, no solo como algo que nos concierne, sino también, y quizás fundamentalmente, en tanto acontecimiento que, al producir una interrupción en aquella continuidad hasta entonces no interrogada, deshace una cierta temporalidad, ofreciendo la oportunidad de inventar otro tiempo.

Ahora bien, ¿es factible vislumbrar, a partir de esta instancia, la posibilidad de crear un nuevo comienzo? Aproximarse a una respuesta a este interrogante hace necesario, al menos en principio, considerar la apertura de un espacio, allí donde previamente no lo había. En este contexto, y si al abordar el tratamiento de lo socio-cultural verificamos la escritura de un signo entre ambos términos, puede que sea justamente ese guion el que opere en tanto dimensión que *inter-dice* la continuidad entre la cultura y lo social. Lo anterior conlleva la posibilidad de interrogar las articulaciones, quizás inadvertidas, entre los ordenamientos y las sensibilidades que nos afectan, modelan nuestro presente y -no en pocas ocasiones- apresan nuestro porvenir. Tal vez en ese espacio, con lugar para el desplazamiento, un inicio distinto sea posible. Quizás, la irrupción de lo extranjero nos permita comenzar a vislumbrar un inédito espacio de posibilidad para la creación de lo humano.

Referencia

Freud, S. (1986). Una dificultad del psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (trad.), Obras completas Sigmund Freud (Vol. 17, pp. 129-135). Amorrortu (original publicado en 1917).

Sobre una *cultura* que se cancela hoy

Marina Nicolai
licmarinanicolai@gmail.com

"Habrá que repensar entonces la relación del sujeto con la cultura, cuando esta última no se presenta como «su» cultura (…)"
François Jullien

En el ámbito artístico, social, mediático y cultural, en los últimos tiempos ha cobrado protagonismo lo que se nombra *cultura de la cancelación*. La misma consiste en la súbita, expansiva y transitoria búsqueda de eliminar la permanencia de alguien en el espacio sociocultural, ya sea por algún enunciado proclamado, determinada particularidad manifiesta de su forma de vivir o, incluso, por las características de cierto producto realizado (es decir, un objeto artístico, cultural). 'La cancelación solo es una forma de cultivar el odio y la discriminación social'; 'es peligrosa, arruina la vida de alguien por pensar o hacer distinto'; 'es necesaria, hay que eliminar conductas y modalidades inaceptadas hoy en día'; 'no existe, sólo lleva a que alguien esté en el puesto #1 del ranking mediático y virtual', son algunos de los decires que circulan en torno a este fenómeno.

Para comenzar a tratar la temática en cuestión, nos ocupemos de un detalle presente en lo que se dice sobre ella. Puede resultar notorio cómo, en aquellos ámbitos, son escasos los desarrollos teóricos sobre la misma. Es decir, advertimos que los diversos análisis confluyen en un interesante punto, aunque complejo por la dificultad de abordarlo y *aprehenderlo acabadamente* por la vía del saber: no siempre es claro qué despierta y adormece la manifestación de este fenómeno, o por qué, en un momento dado, se intenta cancelar a alguien. En algunas circunstancias, encontramos razones justificadas por ciertos intereses sociales (tal vez políticos, económicos) de preservar un determinado funcionamiento esperable. Aunque resaltaremos cómo, la mayoría de las veces, se parte de razones difíciles de delimitar por ser, justamente, producto de conmociones o sentimientos de franco rechazo de aquello que, al hacerse presente, coaguló las costumbres o los modos sensibles, hasta el momento naturalizados como propios de un determinado colectivo.

De allí tal vez, lo efervescente que polariza las formas que adopta este intento.

Asimismo, y tal como su nombre indica, se hace presente bajo la forma de un determinado *modo* cultural. Por lo tanto, ubicar a la cancelación del lado de la cultura nos permite delimitarla, en una comunidad, como un intento de solucionar problemas generados por la puesta en jaque de la aparente cohesión y armonía en lo común compartido allí, entre varios.

Cuando se hace presente el intento de cancelar, vemos que muchas veces es escaso el espacio para un trabajo crítico sobre sus argumentos, posibilidades de tratamiento del problema o consecuencias en juego. ¿Por qué sucede esto? Al parecer, en la cultura, los seres humanos se encuentran inmersos en formas de sentir y necesidades que se viven como imperantes, cuyas presentificaciones cobran un protagonismo masivo pero que luego se agotan en sí mismas. Es decir, que tras un tiempo exponencial de visibilización y elevación de lo que se vive como problemático, súbitamente la cuestión deja de estar en el centro de la agenda de los debates mediáticos y públicos. Aquí, subrayamos y centramos la atención en que lo que queda privilegiado una y otra vez, es la propia consumación de aquello que insiste arduamente.

Por otra parte, una vez que la acción de cancelar ocurre, es posible ubicar la aparición de un *contrapunto cultural* no precisamente buscado. ¿De qué se trataría esto? Al señalarse y elevarse tal elemento, los individuos se ven afectados, encolerizados, por esta emergencia, la cual, lejos de erradicar su incidencia, pareciera cobrar aún más peso.

Hasta aquí, podríamos vernos conducidos a ubicar lo planteado como un interrogante sobre los modos de tratar las cuestiones que suceden entre nosotros. Sobre esto, un pasaje de *La identidad cultural no existe* de François Jullien (2016), nos acerca elementos que pueden resultarnos clave:

> El hecho de compartir lo común es, en principio, extensivo. Pero ese «común», como tal, es igualmente equívoco. Pues el límite que define el interior de lo compartido puede volverse su contrario. Dicho límite puede convertirse en frontera que excluye de lo compartido a todo lo demás. Lo inclusivo se revela de golpe, en su reverso, como exclusivo. Cerrándose hacia dentro, expulsa al afuera (Jullien, 2016, p. 11).

Entonces, si por cancelación entendemos el intento de erradicar aquello que perturba, esto dejaría por fuera la posibilidad de crear modos alternativos de lidiar o hacer con eso. De esta manera, podríamos circunscribir este intento de solución vía la cancelación, como uno, entre otros. Pero, una advertencia: lejos de minimizar este modo de intentar solucionar, nos interesa subrayar la importancia de *detenernos* en ubicar de qué elementos está hecho, cuál es su uso, hacia dónde conduce, qué queda por fuera del mismo.

A partir de lo dicho, resuena lo que conlleva, muchas veces, en el ser humano la necesidad de querer conservar lo de uno, es decir: *lo mío (o lo de varios, por similar) es válido, pero no así lo diferente*, que quedará definido como su opuesto. Esto llevará, inevitablemente, a la búsqueda de *destrucción* de eso a cancelar, incluso del *alguien* tras dicho elemento perturbador. Sin embargo, observando el contexto actual, nos encontrarnos frecuentemente con una cierta *tendencia a la diversidad*. Se proclama y fomenta lo necesario de aceptar las diferencias y preservar los espacios de enunciación de lo propio, aunque ello conlleve una aparente distancia respecto a lo establecido. No obstante, tal como dijimos (y quizás la cultura de la cancelación es un ejemplo de ello), es posible permanecer plácidamente en cercanía junto a otros, pero, para continuar con las maneras de vivir ya dadas en uno mismo y en la propia comunidad, se intentará eliminar la incidencia de eso diferente cuando se presenta. Es decir: por un lado, se apela a la puesta en valor de la variabilidad, pero por otro, extrañamente, se necesita homogeneizar inmediatamente aquello que emerge heterogéneo. No resulta sencillo.

Al parecer, estamos hechos de partes sensibles distintas y hasta contradictorias entre sí, tanto a nivel individual como colectivo. Empero, cuando lo *heterogéneo* realmente se hace presente, en muchas ocasiones esto no es *tan bien visto*. Subrayaremos aquí, la invitación que nos hace el psicoanálisis a preguntarnos sobre eso que irrumpe y perturba, para así poder lidiar, cada vez, con eso. Quizás, esto nos permita tener chances de decidir cómo haremos con eso, con los otros y así, en consecuencia, contar con posibilidades de un *nosotros*.

Referencia

Jullien, F. (2016). La identidad cultural no existe. Taurus.

SALTO PC&S
Psicoanálisis, Cultura & Sociedad
www.saltocultura.es